

Capítulo General 2015 Celebración Eucarística de Clausura 6 de junio, 2015.- Homilía

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena (Jn 19: 25-27).

Hermanos y menores en nuestro tiempo. Hermanos, este ha sido el tema rector de nuestro Capítulo general. Se ha expresado en nuestras celebraciones litúrgicas, en nuestras conversaciones de grupo, en nuestras reuniones festivas con canciones, y cuando hemos compartido con sencillez la historia de nuestras vidas con los hermanos en las comidas y en otros momentos en los que nos hemos tomado tiempo para escuchar y compartir.

Al mismo tiempo, este tema nos ha obsesionado, y no nos ha permitido sentirnos a gusto con el estado actual de las cosas en la vida de la Orden, de la Iglesia, del mundo, o de nuestras propias vidas. Hemos peleado para formular propuestas que puedan expresar nuestra inquietud ante el enorme reto de la vida evangélica que hemos abrazado *sin condiciones*.

Nos hemos encontrado en apuros para comprender a una humanidad herida y amenazada por el medioambiente –lo ‘esencial’ de nuestro ‘tiempo’ – que clama por nuestro amor y total atención.

Esta herida proviene no solo de fuera de la Orden sino también de dentro, porque reconocemos que nosotros hemos quebrantado la confianza entre nosotros, una confianza que debe reconstruirse con actos diarios de justicia, con transparencia de vida, ofreciendo y buscando perdón, misericordia y reconciliación, y caminando con humildad con nuestro Dios (Miq 6,8).

El Evangelio de Juan que hemos escuchado y proclamado revela la naturaleza del auténtico discipulado de Jesucristo. Nos revela también la forma de vivir a fondo nuestro compromiso evangélico con la ‘vida y regla’, que es el Evangelio. Nos gusta que la madre de Jesús y las hermanas de su madre estén con Jesús y con la humanidad y con el universo creado en todo momento, y muy especialmente en los momentos de sufrimiento, deshumanización y muerte.

Esta ‘presencia’ no es un acto pasivo realizado por espectadores culpables. Es una actividad profética, como nuestras *Lineamenta* nos recuerdan, porque nos revela “nuevos caminos..., nuevos modelos de actuación, nuevas formas de vida y misión comunitarias “que estamos llamados a asumir para que nuestra vida y nuestro estilo de vida pueda constituir “una memoria viva de la forma de vivir y de actuar de Jesús...”.

María, la madre de Jesús, las otras mujeres, y el discípulo a quien Jesús amaba, que estaban en pie junto la cruz, se dieron cuenta de que recordando la forma de vivir y de actuar de Jesús ellos estaban participando en un acto de interrupción espiritual: la tiranía del estado actual que en sus vidas y en las nuestras es derrotada por el poder de los sufrimientos, muerte y resurrección de Jesús.

Esto se revela de forma muy dramática en el *Magnificat* de María. La libertad que gozamos ahora nos permite evocar el valor para abrazarnos mutuamente y abrazar a toda la humanidad como auténticos hermanos. Esta misma libertad se renueva y ahonda cada vez que extendemos nuestro amor, misericordia y esperanza a nuestros hermanos de la Orden, a los ciegos y mendigos que nos encontramos a la vera de los caminos, a los que tienen concepciones de Dios y del mundo diferentes a las nuestras y a nuestro medioambiente herido. Viviendo como auténticos hombres de fe llegaremos a ser hermanos y menores, compañeros con Jesús, con María su madre, y con los demás, recorriendo juntos los caminos hacia el Reino.

Ya que estamos celebrando en este lugar sagrado de Santa María de los Ángeles, imploramos a María la madre de Jesús, una mujer judía y peregrina en la fe, que interceda por nosotros para que podamos abrazar totalmente nuestra identidad evangélica como misioneros itinerantes de esperanza, diálogo, paz, alegría incontrolable y amor incondicional. “Nosotros hoy fijamos en ella la mirada, para que nos ayude a anunciar a todos el mensaje de salvación...,(*Evangelii gaudium*, 287).

Con María, oremos (cfr. *Evangelii gaudium*, 288):

“María, Virgen y Madre, ... ayúdanos a decir nuestro “sí “ ante la urgencia, más imperiosa que nunca, de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús (EG, 288)... Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte. Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos. Estrella de la nueva evangelización, ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión, del servicio, de la fe ardiente y generosa, de la justicia y el amor a los pobres, para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra...” Amén.